

Rossana Reguillo

NECROMÁQUINA

Cuando morir no es suficiente

@ Ned ediciones. Edición no venal



ITESO, Universidad
Jesuita de Guadalajara

Reguillo Cruz, Rossana (autor)

Necromáquina : cuando morir no es suficiente / R. Reguillo Cruz. -- Guadalajara, México : ITESO ; Barcelona, España : Ned, 2021.

240 p. (Huellas y Señales)

ISBN 978-84-18273-48-3

1. Desaparecidos – México. 2. Narcotráfico – México. 3. Crimen Organizado – México. 4. Masacres – México. 5. Asesinato – México. 6. Violencia – México – Tema Principal. 7. Impunidad (Derecho). 8. Corrupción – México. 9. Problemas Sociales – México. 10. Historias de Vida – México. 11. Política Antidrogas – México. 12. Política Criminológica – Antidrogas – México. 13. Comunicación y Política – México. 14. Política – México – Historia – Siglo XXI. I. t.

[LC] 320.97207 [Dewey]

© Rossana Reguillo, 2021

© Imagen de cubierta: «Víctimas del crimen organizado», de Christopher Vanegas, premio World Press Photo en Temas Contemporáneos 2014

Montaje de cubierta: Juan Pablo Venditti

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

Primera edición: noviembre de 2021

© Ned ediciones, 2021

D.R. © Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO)
Periférico Sur Manuel Gómez Morín 8585, Col. ITESO,
Tlaquepaque, Jalisco, México, CP 45604.
www.publicaciones.iteso.mx

Preimpresión: Moelmo, S.C.P.



ITESO, Universidad
Jesuita de Guadalajara

ISBN: 978-84-18273-48-3

Impreso en México

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Ned Ediciones

www.nedediciones.com

@ Ned ediciones. Edición no venal

Para las madres buscadoras que han hecho de su dolor y de sus manos el gesto urgente y necesario para un presente bajo asedio.

@ Ned ediciones. Edición no venal

ÍNDICE

De la narcomáquina a la necromáquina: apuntes sobre una época	13
I. Guerras en el vortice	27
Retóricas de la seguridad; la in-visibilidad resguardada: Violencia(s) y gestión de la paralegalidad en la era del colapso	29
La Narcomáquina y el trabajo de la violencia: apuntes para su decodificación	51
Gramáticas de la violencia: el horror como categoría de análisis	71
II. Turbulencias en el paisaje	91
En los márgenes del miedo: la insurrección de lo real	93
Cuerpos y memorias: violencias y necromáquina	117
Mesianismo, fractalización, territorio y contramáquinas	135
III. Escenas: efecto borde	161
Puentes en escenas	163
Tres postales: corpolíticas sobre el vacío	173
El páramo frío de la ausencia	179
Infinita tristeza: las esquirlas de la violencia	185
Rostridad: la condensación interminable	191
Ya no alcanza con morirse	197

IV. Dispositivo abismal: necromáquina	203
Conjugar en tiempo forense	219
Bibliografía	233

@ Ned ediciones. Edición no venal

Al declararse un incendio o la noticia inesperada de una muerte, en el primer momento de terror, que es un momento de enmudecimiento, nos invade un oscuro sentimiento de culpa, ese reproche amorfo que nos dice: di pues, ¿no lo sabías?

Walter Benjamin, *Calle de dirección única*

Y ese ser-con los espectros sería también, no solamente pero sí también, una política de la memoria, de la herencia y de las generaciones.

Jacques Derrida, *Espectros de Marx*

@ Ned ediciones. Edición no venal

DE LA NARCOMÁQUINA A LA NECROMÁQUINA: APUNTES SOBRE UNA ÉPOCA

Quiero que mi voz sea brutal, no que sea agradable, no la quiero pura, no la quiero trascendente. La quiero rasgada por todas partes...

Franz Fanon

La víctima no es «algo» sino «alguien».

Adriana Cavarero

Este libro es una colección de ensayos, etnografías y crónicas, realizados a lo largo de varios años, que actualicé y complementé con nuevas aproximaciones etnográficas y una nueva caja de herramientas conceptuales y metodológicas. Los textos son el resultado de lo que llamo un programa de investigación situado, es decir, una investigación que ha buscado en el tiempo y en diversos territorios, develar, visibilizar, volver inteligibles, los lenguajes de las violencias, sus gramáticas y sus caligrafías, en un horizonte en el que colapsan la razón y las palabras.

Se trata de un esfuerzo por construir categorías analíticas, ensayar modos de acercamiento, metodologías para narrar lo indecible de las violencias y el horror; se trata de traer aquellas escenas que, por su condición aparentemente marginal o excepcional, trazan un mapa que estalla la noción de normalidad.

Es un esfuerzo por analizar y narrar los malestares, los horrores y los síntomas de un tiempo de colapso en el paradigma civi-

lizatorio de la modernidad. Busca relatar el tránsito del biopoder (el poder de hacer vivir), a su devenir necropoder, un dispositivo de muerte que avanza engullendo territorios, cuerpos y futuros. De la narcomáquina a la necromáquina, el libro propone un itinerario que arranca propiamente en 2006, año fatídico en México que marcó un antes y un después en las violencias que nos arrancaron de cuajo las certezas y la seguridad. Año de declaración de la «Guerra contra el Narco», en la presidencia de Felipe Calderón (2006-2012).

El libro está armado a partir de cuatro ejes que organizan y orientan el análisis. Las **Guerras**, porque han sido muchas y diversas las que se han librado y mutado en la medida en que el necropoder desplegó sus rituales mortuorios y secó pueblos enteros a fuerza de robar cuerpos para imprimir en ellos su caligrafía brutal. Las **Turbulencias**, como entiendo aquellos acontecimientos que recordaremos con precisión por su capacidad de deshacer el vínculo social y dejarnos casi «mudos de espanto», como el testigo integral de Primo Levi: tierras arrasadas, cuerpos rotos, desarraigados, masacres, la llegada de la *necromáquina*, un aparato empresarial que no solamente produce muerte, sino —lo más terrible— procesos de socialización, formas de entender el mundo. Al siguiente eje lo llamé **Escenas: efecto borde**, una sección de crónicas cortas que buscan calibrar el trabajo de la *necromáquina*, desde la mirada etnográfica, ¡estar ahí! Y finalmente, este recorrido cierra con lo que llamo **El dispositivo abismal**, que discute el tránsito de lo siniestro (aquello conocido que se vuelve amenazante) a lo abismal, esa condición insondable, honda y profunda de las violencias.

El libro cierra con un breve análisis sobre lo que llamo el **momento forense**, que se vuelve evidente, en el caso mexicano, a partir del descubrimiento de camiones con refrigeración precaria en la ciudad de Guadalajara, que transportaban cadáveres y restos de

cuerpos en bolsas negras de plástico, porque el Servicio Médico Forense no tenía lugar ya para «almacenar» el horror, imagen que se replicó en distintas ciudades del país. Estos cuerpos nómadas que viajaban de una parte a otra de la ciudad para no ser descubiertos por la ciudadanía abrieron las compuertas que visibilizaron una crisis forense de proporciones indecibles en todo el país.

Esta obra traza un arco de tiempo conceptual que parte de la «paralegalidad», término que acuñé en 2007 para nombrar al espacio vestibular que había abierto el poder creciente del crimen organizado, al inaugurar poderes paralelos al Estado (muchas veces con la colaboración de sus agentes) para instaurar un orden de control y también de ofertas de sentido y pertenencia, como se discute a lo largo del libro, y cierra con el dispositivo abismal de la necromáquina, que nombra y trata de iluminar una escena brutal en la que la normalización de los efectos de la violencia, se ha convertido en la gramática que organiza hablas, imágenes y narrativas. Romper ese circuito de normalización es fundamental para hacer que la vida importe. De eso trata este itinerario: de vidas que importan.

I. Guerras

Las dos primeras décadas del siglo XXI estuvieron marcadas —entre otras crisis— por un cambio radical en los modos de ejercicio de las violencias y su despliegue en múltiples escenarios. La **acumulación** de cuerpos rotos en vías, en desiertos, pateras, playas, acantilados o mar abierto, vinieron a alterar radicalmente el paisaje de una globalización que se había empeñado en anunciar la emergencia de un destino o futuro planetario, incluyente o, simplemente, posible.

La realidad se fue imponiendo, primero a través de las reconfiguraciones estructurales y simbólicas que vinieron de la mano

del maximalismo extractivista del proyecto neoliberal y de su contraparte, el minimalismo del estado garante, que agudizaron las condiciones de precariedad para millones de personas que pasaron de la condición de «pobres y excluidos» de finales del siglo XX, a la categoría social de «sobrantes», personas desechables o un ejército de «vidas no lloradas», como las llamaría Judith Butler (2010) o de vidas matables —como las nombro aquí—, para honrar el concepto de *necropolítica*, desarrollado por el pensador camerunés Achille Mbembe (2011).

Pero, más allá de la denominación de lo que podemos llamar provisionalmente «personas prescindibles» —cualquiera que sea el nombre que asignemos a esta categoría de seres inermes—, lo relevante es la narrativa que rodea a estos cuerpos que cotidianamente desfilan como estadísticas vacías, normalizadas, o como noticias espectaculares —si acaso la condensación en el drama de su aniquilación logra adquirir el estatuto de viral—, o se convierten en un espectáculo efímero.

Por ejemplo, la fotografía del cuerpecito de Aylan Kurdi, el bebé sirio de tres años, ahogado en una playa del oeste de Turquía en 2015. De manera sorprendente, y en una alquimia que parecería operada por el «señor oscuro» de la saga de Harry Potter, terminó por convertirse en un debate interminable sobre el derecho —o la ausencia de este— de la prensa para publicar esta fotografía, y no en la poderosa y terrible metáfora de la crisis migratoria en Europa. Más allá de las condiciones de producción de esta fotografía, y el debate alrededor de su derecho a circular, me interesa detenerme en lo que Didi-Huberman¹ llamaría «conocimiento sensible» a partir de la imagen. Se trataría, según

1. Didi-Huberman, Georges, *¿Qué emoción! ¿Qué emoción?*, Argentina: Capital Intelectual, 2016, p. 32.

Huberman, del ingreso de una imagen a una dimensión emocional que conmociona y transforma. Se trata de una imagen productiva.

La visibilización y viralización del cuerpo de Aylan buscaba generar una saturación del significado, una metáfora terrible de la crisis migratoria en Europa, y la evidencia de que había algo muy roto, muy adentro, muy silenciado en el pacto social que signó la modernidad y que usó como coartada la vieja pero efectiva fórmula de «nosotros», la civilización, contra «ellos», la barbarie. Pero parece haber triunfado la espectacularización.

En el tránsito entre el tardío siglo XX y el incipiente siglo XXI, las etiquetas que se colocaron sobre ese «ellos», fueron cambiando de acuerdo con las políticas de acumulación que requerían de una narrativa que justificara el despojo y la exclusión y, además, en función de la fractalización de los poderes propietarios,² principalmente, que fueron resignificando en los territorios y a través de prácticas de innovación sobre la ganancia, las nociones de legalidad y legitimidad, pasaron en el tránsito de entresiglos de poderes legales o de pretendida autoridad legitimada, a poderes de facto que hicieron explotar los límites y el ejercicio de la llamada «violencia legítima».

Pero esto no fue lo único que mutó en este tránsito.

La expansión del proyecto extractivista la entiendo —en un sentido amplio— como un mecanismo mediante el cual el capital extrae capital a través de la explotación, extracción, uso desmedido de bienes de distinta índole (desde cuerpos, territorios, medio ambiente y hasta datos). De esta lógica extractivista, me interesa discutir una tensión paradójica entre la agudización del estado

2. Trato el tema de la fractalización del poder a lo largo del libro, pero hago un primer planteamiento en el capítulo inicial del apartado «Guerras».

securitario, y la expansión política y territorial de fuerzas supra estatales o, mejor dicho, paralegales.

Ya Achille Mbembe había adelantado que la necropolítica implicaba el ejercicio de un poder de muerte por parte de actores no estatales. Asimismo, en un ensayo sobre los acontecimientos de Ayotzinapa y el juvenicidio (Reguillo, 2015), desarrollé una vinculación entre la necropolítica y el neoliberalismo, al que entiendo como un poder de ocupación para analizar la relación de la violencia con estos poderes que se apropian de territorios.

La creciente expansión del crimen organizado y su control sobre mercancías, cuerpos, territorios, desde el narcotráfico a la trata de personas, y el control de fronteras y de pasos, armó lo que llamé «paralegalidad», modo de ejercicio de poder y gestión de territorios que desarrollo ampliamente en el primer capítulo del libro, como una forma eficiente e imbatible de gobierno o, incluso, gubernamentalidad (Foucault, 2008); es decir, una técnica específica de gobierno para el control sobre la vida y sobre grandes extensiones de territorio arrancado a la precaria, y a veces nula, presencia del Estado.

No solamente hablamos de América Latina o de México, también es posible analizar el crecimiento de fuerzas no estatales a través del caso de África Occidental, donde la emergencia de grupos radicales de altísima y brutal letalidad como *Boko Haram* (cuya traducción es «la educación occidental es pecado»), que marcó un antes y un después en la violación de derechos humanos, un antes y un después en la crueldad, y un incremento atroz de la violencia expresiva. O los grupos de caza-migrantes en la frontera de Estados Unidos con México, integrados por milicias «civiles» altamente entrenadas y letales para las personas que cruzan la frontera sin papeles.

Se fue instalando a ritmos vertiginosos la pérdida de territorios, el debilitamiento del entramado —ya de por sí precario—

institucional y, de manera muy importante, la fragilización del tejido social, el resquebrajamiento de la confianza y los lazos de solidaridad. «¡Sálvese quien pueda!» se convirtió en consigna y mantra en las comunidades arrasadas por máquinas de muerte.

Memorias fragmentadas

En 1982, quienes investigábamos jóvenes tanto en México como en distintos países de América Latina, empezamos a ver cómo los datos comenzaban a cambiar; primero de manera lenta, cada vez más jóvenes se vinculaban con los circuitos de la violencia no solo como victimarios, sino también como víctimas. Ese fue un dato clave. Algo estaba pasando.

A finales de esa década, ya en los inicios de los noventa, mientras hacía etnografía en algunos barrios periféricos, detecté una «nueva práctica», que fue cambiar el pago en efectivo a los jóvenes de las bandas por hacer labores de halconeo³ o de transporte de droga, por pago con «mercancía»: la entrega de cocaína o de marihuana para su venta, que también se aplicó al pago de protección policiaca. Esto cambió la ecología de los barrios y proliferaron las llamadas «tienditas» (puntos de venta), que constituyeron el germen de lo que serían las feroces disputas por el control territorial.

Yendo hacia delante en el tiempo, en estas memorias fragmentadas, ubico como otro momento importante, ya bien entrado el

3. Se denomina «halcón» a las personas, generalmente hombres —niños y jóvenes de corta edad—, que realizan labores de vigilancia en el territorio: alertan sobre la llegada de la policía, del ejército, de algún grupo contrario, de algún movimiento sospechoso.

siglo XXI, lo que nombré la tercerización de la violencia, que fue practicada por el llamado Cártel de Sinaloa, en Ciudad Juárez, y que consistió en dejar de pagar un ejército propio y contratar a las pandillas, como los «Artistas Asesinos», también conocidos como la «Doble A», que cruzaban la frontera entre Ciudad Juárez y El Paso, en los Estados Unidos, para ejecutar, cobrar derecho de piso y otras tareas. El sicariato se hacía ya por una paga específica, lo que aligeraba los costos de sostener un ejército propio: una de las modalidades de la empresa que «inventaba» el outsourcing.

Luego, en 2010, llegó la «Familia Michoacana», ese amasijo de crimen organizado, religión, autoayuda y violencia brutal, que inauguró en 2006 la «entrega» de cabezas decapitadas, y que se escindiría en dos grupos: la propia Familia y los autodenominados «Caballeros Templarios». Los símbolos utilizados por ambos grupos en lo que se conoce como «Tierra Caliente», que cubre una extensión entre Michoacán, Guerrero y una pequeña franja del Estado de México, construyeron una articulación inédita para el caso mexicano: la centralidad de lo religioso y soldados disciplinados a partir de la creencia religiosa; jóvenes «evangelizados» en el culto a la muerte, a la masculinidad y a la interfaz entre cristianismo y autoayuda.

Estos tres momentos son determinantes para entender el horror que vendría. Los inicios de la disputa territorial, la transformación empresarial de los grupos del narco (que luego volverían a la idea del ejército propio), y la dimensión mesiánica de su autocomprensión. Logro ver hoy que, en estos puntos de inflexión, una idea cobraba centralidad en mis análisis: la necesidad de entender la diversidad cultural y territorial del crimen organizado y sus distintos brazos; el papel de las culturas locales como un elemento fundamental en la vorticidad de las guerras.

Vorticidad: Cuando se produce un vórtice alrededor del cuerpo, se forma un patrón de flujo asimétrico y cambia la distribución de la presión.

II. Turbulencias

Llegamos así a las formas de violencia descarnada, inhumana, a las expresiones más terribles de violencia contemporánea, que con gran acierto Cavarero denominó «horrorismo» (2009). Se fueron volviendo cotidianas las escenas de decapitados, poblaciones masacradas, desapariciones, cuerpos desmembrados, fosas clandestinas con 40, 100, 300 cuerpos; fuimos transitando a una especie de ruido sordo que nos atontó o nos insensibilizó frente a la radicalización de las violencias, esas que se fueron agudizando conforme avanzó la trama del neoliberalismo predador, y que propuse entender y analizar desde el concepto de la «narcomáquina», que elaboré en 2011, un año crítico en la aceleración de las violencias y la paralegalidad.

Propuse, en ese momento, que la alternativa para pensar cruces, complicidades y, sobre todo, la profundidad del quiebre de las instituciones y la precariedad de la vida, era trabajar tanto teórica como etnográficamente en la articulación cómplice de tres poderes claves que daban forma a la maquinaria «narco»: dinero (poder económico-empresarial), gestión (poder político capaz de abrir y generar condiciones), operación (legal e ilegal): empresarios-emprendedores, políticos de distintos niveles, y delincuencia, daban forma a una «máquina de guerra» —literal—, amplificada por la industria cultural, los medios de comunicación y, especialmente, por la pobreza y el quiebre de horizontes de futuro para miles de personas.

Si la «máquina de guerra» es fundamentalmente una «máquina deseante» intensificada (Deleuze y Guattari),⁴ la narcomáquina es un dispositivo barroco, en un sentido casi literal. Lo barroco se entiende como la fundación de una estética y una época que colonizó el imaginario. El período conocido como Barroco en Europa, y más tarde en América, en los siglos XVII y XVIII, se llamó así por su desmesura expresiva.

En 1987, Omar Calabrese, semiólogo italiano, publicaba el libro *La era neobarroca*, que tuvo una acogida importante y fue rápidamente traducido a cinco idiomas, con el cual el autor se proponía entender «una estética social» y mentalidades de época, reconocibles.

Más allá del concepto del barroco, como periodo o como corriente en el arte y la literatura, me interesa retener para el análisis la idea de **desmesura expresiva** que trajo aparejada la aceleración de las violencias, que puede ser pensada en esta lógica como una época de transformaciones convulsas, incertidumbres, como una época de desajustes y reconfiguración de los sistemas estéticos e identitarios; pero, especialmente la violencia, como lenguaje epocal en el cual el control se rige por mecanismos semánticos espectaculares.

Lo que la narcomáquina hizo fue proponer nuevas codificaciones sobre la misma lógica del capitalismo, exacerbó el deseo

4. El sistema social-político-económico para acumular valor tiene que producir deseo: la máquina deseante es un dispositivo para producir deseos para poder sostener la máquina axiomática de producción de verdad que es el capitalismo. Planteo entonces que la máquina de guerra intensificada implica la producción de deseo como dispositivo central. Dice Deleuze: «no deseo el objeto, deseo el paisaje que ese objeto proyecta sobre mí» (1989). En mi trabajo sobre jóvenes sicarios he podido constatar que las armas, el poder de hacer morir, es el deseo de sentido, de pertenencia, de proyectar una biografía que no los arroje al vacío.

por la riqueza, el individualismo y la crueldad. Deshizo lazos, quebró pactos, movilizó imaginarios y emociones, otras «justicias». Y, de manera especial, frente al aparato de Estado, el devenir de la máquina agilizó sus pasos por los territorios, captando y arrasando voluntades.

El ataque aparentemente frontal contra ciertos grupos lanzado en 2006 ocasionó fuertes turbulencias. Comunidades enteras, periferias urbanas, quedaron a merced de dos fuerzas, a veces tres o más, porque las disputas por el territorio y el control de los pasos de la droga por tierra y mar fueron escalonando. Las víctimas no solamente enfrentaban el poder creciente del «narco», sino que debieron lidiar con las violencias hacia sus derechos humanos por parte del ejército, que no estaba preparado para hacer un trabajo que corresponde a mandos civiles, por la proximidad con la gente. Como lo analizo y lo muestro en los capítulos que componen «Turbulencias», el gobierno mostró su brazo maximalista a través del ejercicio de la violencia de estado y al mismo tiempo, replegó su brazo de política social.

Este momento marcó el abandono a las comunidades y, en una visita a Tierra Caliente, en Michoacán, encontré que lo que más se asemejaba a la figura del estado recaía en un maestro rural con un pizarrón verde, como un palimpsesto en el que se plasmó una nueva escritura, los cuerpos desmembrados, el castigo ejemplar, la tortura.

Hay muchos efectos de lo que fue la guerra contra el narco y hoy deberíamos encontrar otros nombres y otras narrativas para dar cuenta de lo que está pasando. Pero, en síntesis, fue una estrategia no pensada, una estrategia fallida, una estrategia totalmente errónea en el sentido de que no se calcularon los efectos que iba a tener, y fue, sobre todo, un permiso para asesinar y permiso para la brutalidad que no ha hecho sino empeorar.

Sin embargo, hubo un tiempo, por ejemplo, en el que, en el país, se hablaba del ejecutómetro; esa era la medición que se utilizaba. Narco: 35 muertos; narco: 25 muertos; en ese entonces se iban acumulando fallecidos. Pero luego vino la necromáquina. Algo mucho peor.

Uno de los efectos de la expansión territorial de los grupos del crimen organizado, fue la *fractalización*, que utilizo en esta parte para referirme al estallamiento de los grupos y a la formación de ensamblajes a distinta escala que imitan — como fractales — la estructura básica de un grupo del crimen organizado, este es simultáneamente flujo y corte de energía que va creando estructuras y nuevos ensamblajes.

III. Escenas: efecto borde

Como estrategia metodológica, opté por lo que llamo la estrategia del fragmento, que entiendo como aproximaciones sucesivas a diferentes aspectos, rostros, dimensiones de la violencia. A través de historias de vida de mujeres y hombres jóvenes vinculados a los circuitos de violencia, y por medio de etnografías situadas en territorios ocupados por poderes paralegales, es que fui arribando a la noción de necromáquina.

No es que la narcomáquina hubiese perdido su valor heurístico para trabajo en terreno, pero me parecía insuficiente para dar cuenta del crecimiento de la crueldad y la brutalidad sobre los cuerpos y, especialmente, algo que sin duda redefinió mi entendimiento sobre las violencias, fue la sistematicidad en las desapariciones que han ido en aumento, y que hoy Robledo Silvestre llama «proyecto desaparecedor, que implica una inversión importante de recursos materiales, humanos y financieros para hacer posible

el ocultamiento de los cuerpos, el borramiento de los rastros del delito» (2019).

La primera vez que hablé de la necromáquina fue en la Universidad de Princeton en el mes de octubre de 2018, donde me invitaron a dictar una conferencia sobre los avances de mi trabajo en torno a las violencias. Ahí pude formular mis incomodidades sobre lo corta que se quedaba la noción de narcomáquina, en tanto que esta aludía todavía a un orden más o menos reconocible, inteligible, en la producción de muerte. La narcomáquina remite a un cálculo racional de riesgo y ganancia. La necromáquina es la disolución absoluta de la vida en un estado de urgencia constante.

El efecto borde es el fenómeno que se produce cuando dos hábitats naturales completamente diferentes entre sí se encuentran lado a lado en un ecosistema, y la alteración que esto produce en los límites entre ambos espacios. Esta definición, que tomo en préstamo de la ecología, me ha permitido nombrar ese espacio que abren las violencias entre lo social y sus pactos, entre el estado y sus obligaciones, entre los imaginarios de una vida buena y el orden de lo legítimo cuando se enfrentan al espacio abierto por las violencias. Si la tala de bosques genera un efecto de borde que provoca más incendios, la violencia brutal genera un efecto de borde en el que ha cambiado el lenguaje, las prácticas, la «normalidad» que colapsa.

Así, las escenas que narro en este apartado buscan iluminar las zonas de efecto borde que ha minado el espacio en el que otra sociedad era posible. Se trata de seis escenas diferentes: hay crónica, entrevista, observación y análisis, pero todas se articulan por un lenguaje que busca evitar el naufragio y dotar a la palabra de una dimensión humana.

«Tiempos forenses» fue un título alternativo con el que pensé llamar a este libro, porque me parecía que hacía justicia a lo que

aquí se narra; sin embargo, me pareció mejor optar por un título que retomo de la entrevista a un joven sicario, porque fueron sus palabras y su mirada perdida las que alertaron mi escucha: habíamos llegado a un borde en el que morir ya resultaba insuficiente para la narcomáquina, había que triturar, hacer daño, disolver; morir se ya no alcanza para saciar a una máquina de muerte.

Pese a todo, mantengo cierto optimismo, el que me dan las contramáquinas de las que hablo en el capítulo VI, que interrumpen el flujo, irrumpen en la escena para rescatar no solamente cuerpos, sino el sentido de lo humano. Estos son apuntes de una época en la que nadie se ha rendido.

Deudas

Todo libro es colectivo, en el sentido en que está plagado de conversaciones, a veces en los límites de la tristeza; otras, porque un hallazgo no puede posponerse y hay que conversarlo. Debo mucho a muchas personas con las que he caminado por estos tiempos malos que nos ha tocado habitar, que me han dado luz y claridad, que me han hecho críticas que me ayudan a pensar. Debo mucho a las y los jóvenes que han llevado la peor parte en estas guerras que nos desangran. Debo mucho a los gigantes que han pensado antes que yo y, quizás, debo más a mis estudiantes que, con sus preguntas y sus hallazgos, me devuelven la confianza en que pensar tiene sentido y que la escritura nos compromete. Gracias.